

Ojos que no cierran

El día amaneció sereno, ideal —en apariencia— para viajar en tren.

Sofía observaba por la ventanilla: luces pasaban rápidamente una tras otra y su reflejo se dibujaba en el cristal como un retrato borroso.

El tren emergió de un túnel interminable y, en el instante en que la oscuridad se disolvió, la luz se filtró a través de las ventanas y deslumbró a los pasajeros con violencia, como si una pared blanca apareciera de improviso delante de ellos.

Los pasajeros alzaron los brazos intentando cubrirse, entrecerraron los párpados y murmuraron incomodidad. Sofía no se vio afectada: llevaba gafas de sol. Gracias a ellas evitó aquel molesto momento y pudo ver con claridad un cielo despejado lleno de campos verdes, como hojas recién brotadas. Parecía como si el mundo se disfrazara de postal.

Entonces, un grito rasgó la calma, atrayendo la atención de todos en el vagón. Una mujer, unos asientos más adelante, despertó agitada, asegurando entre sollozos haber tenido una pesadilla.

Sofía volvió la vista hacia la ventanilla sin darle más importancia. Al inclinar la cabeza notó que su reflejo había desaparecido. Ahora solo quedaba el paisaje corriendo detrás del vidrio... y una mano delgada, de uñas largas, que se deslizaba hacia ella desde el cristal.

Un sobresalto la dejó rígida. Parpadeó varias veces intentando entender lo que había visto. Cada músculo se puso alerta. Al volver a mirar, su reflejo había regresado. «Tal vez solo este cansada», pensó.

Entonces escuchó la voz temblorosa de la mujer que gritó hace unos instantes. Entre sollozos, la mujer decía frases inconexas:

—Quiso tocarme..., una luz..., desperté...

Las palabras se mezclaban con el ritmo del tren y los murmullos.

De repente, un sonido estruendoso se oyó desde el altavoz de un celular:

—Isabela fue hallada sin vida cerca de un rancho tras dos meses de su desaparición. El dueño del lugar lleva un mes sin aparecer por el sitio...

Sofía se estremeció, giró la cabeza: era un anciano, quien permanecía tranquilo, ajeno a todo. Su esposa le pidió, con voz firme, que dejara el celular; así lo hizo. Sofía regresó la mirada. Se quitó las gafas, colocó la mano en su frente, juntó los párpados y suspiró.

Se levantó de su asiento y caminó hacia el baño. Durante el trayecto pasó al lado de la mujer que había gritado; se veía más tranquila. Apenas tuvo tiempo de mirarla, porque un niño chocó con ella.

—Perdón —dijo el chico, alzando la vista.

Sofía le sonrió con cortesía, aunque su gesto fuera forzado.

La madre, absorta en el celular, ni siquiera se dio cuenta.

El niño corrió al baño y Sofía lo esperó fuera. Una notificación distintiva resonó en su teléfono, levantándole el ánimo. Se apoyó en la pared, dejando que el murmullo del tren quedara detrás. El aparato vibró de nuevo, iluminando la pantalla.

ya estoy por salir de la oficina 12:11
como vas? 12:11

Bien, acabo de salir del túnel 12:12

a bueno, entonces en 1 hora ya estas
aquí 12:12

Si, ya quiero que nos veamos 12:13

La rutina de aquellos mensajes la tranquilizó. Continuaron conversando algunos minutos, hasta que el niño salió por fin del baño. Guardó el celular y entró. Abrió el grifo y se enjuagó la cara. Al alzar la vista al espejo, notó el cansancio reflejado en sus ojos marrones. Se acomodó el cabello liso y se secó la cara.

En la superficie pulida quedaban gotas de agua. Tomó un trozo de papel higiénico para limpiar el espejo. Al estirar el brazo delante de ella, a su mente llegó aquella mano que había visto antes.

Se detuvo.

El reflejo de sus dedos coincidía con la imagen que la había perturbado.

Las luces del baño parpadearon. Se puso tensa, pero no ocurrió nada más. Salió de allí intentando convencerse de que solo fue una coincidencia.

De regreso a su asiento miró de reojo a los pasajeros: algo no cuadraba, algo había cambiado. No lograba identificarlo, pero la sensación de un desajuste en el panorama era clara. Tomó asiento, se colocó de nuevo las gafas y revisó su teléfono.

yo tambien preciosa 12:14
Ya estoy saliendo 12:17

Sofía comprendió qué era lo que no encajaba: un pasajero que antes no estaba allí.

Trató de recordar si, al girarse para ver a la pareja de ancianos minutos antes, había notado su presencia; sin embargo, había una disonancia entre lo que veía y lo que recordaba.

Aprovechando sus gafas de sol, y disimulando que veía el celular, guió su mirada hacia aquel nuevo sujeto.

Lo primero que notó fueron los zapatos: negros, desgastados, con una característica única que contrastaba con ellos: un par de hebillas doradas en cada uno. Luego el pantalón: azul, desteñido, lleno

de pliegues y dobleces, como heridas viejas. Después la camisa: amarilla, vieja, de cuadros. Llegó por fin al rostro: afeitado, sin arrugas, sin defectos... sin pestañas, sin cabello. Ni un solo rastro de vello facial, como una escultura hecha para parecer humana.

La imagen tan inusual la dejó sin respiración unos instantes. Además, parecía no parpadear. Sofía apartó la mirada. El impulso de escribirle a Diana fue inmediato.

Diana Diana Diana 12:22

Los minutos pasaban sin respuesta. Sofía dudaba si volver a mirar. Quería comprobar que no se lo había imaginado.

Qué pasa? 12:25

Estas bien? 12:25

Si, perdón, me puse nerviosa 12:25

*Vi un par de cosas y me alteré un
poco 12:26*

Qué tipo de cosas? 12:26

*Nada importante, solo un calvo
medio raro 12:27*

Sofía se sintió aliviada después de contárselo a Diana y quedó a la espera de su respuesta. La curiosidad de volver a mirar a aquel hombre aun la tentaba.

Raro cómo? 12:30

*Pues no tenía pestañas ni cejas 12:30
Y según yo no vi que parpadeara 12:30*

Tal vez esté enfermo 12:31

*A ver, tómale una foto para ver qué
tan raro se ve 12:31*

En un principio Sofía se rehusó, pero tomarle una foto significaba satisfacer su propia curiosidad. Con cautela giró la cámara hacia al pasajero; sin embargo, un retrato no mostraría su nulo parpadeo así que decidió tomar un video. Después de asegurarse que estuviera enfocando bien, lo grabó y envió. Lo primero que leyó la dejó desconcertada:

*Por sus ojos grises puede que sea
ciego y por eso no parpadea no? 12:32*

«¿Ojos grises? Pero si sus ojos no...» —pensó mientras revisaba la grabación.

En la parte final pudo ver que el hombre giraba la cabeza hacia ella, con la mirada perdida. Su respiración se entrecortó. Comprobó el tono de los ojos: grises como un cadáver sacado del agua. Pese a lo visto quiso asegurarse. Miró al hombre: este parecía observarla.

Dejó de ser incomodidad lo que sentía, el aire que respiraba parecía quebrarse en su pecho, y su corazón latía como si quisiera huir de ahí.

Creo que me está viendo 12:35

No estoy segura 12:35

Ay corazón, en el video se ve que

gira, pero sus ojos parecen idos 12:37

Yo digo que si está ciego 12:37

Las palabras de Diana añadan peso a la duda de Sofía. Después de meditarlo un instante, atribuyó todo al cansancio y al estrés, no tanto porque lo creyera verdad, sino para dejar de pensar en ello. Le escribió a Diana que intentaría dormir un rato, aunque fuera mentira, solo para tranquilizarla y no preocuparla.

Sin embargo, los intentos por quedarse despierta comenzaban a fallar. El ambiente estaba en calma. Su cabeza al igual que sus párpados se sentían pesados. El traqueteo del tren se volvió un arrullo, y el balbuceo de los pasajeros, un eco distante.

Hasta que un brazo golpeó con el suyo. Abrió los ojos. El vagón estaba en penumbra. Una niebla espesa se extendía por el pasillo. En un principio parecía vacío, salvo por una silueta infantil junto al baño. Inmóvil.

Una voz que parecía discutir surgió detrás de ella. Era la anciana, quien le pedía a su esposo con tono creciente, que dejara el celular:

—Deja el celular... deja el celular... ¡deja el celular!

Sofía se puso de pie, para pedirle que se calmara, pero al acercarse no vio al anciano, solo a la mujer gritándole a la nada.

Un grito desgarrador la hizo girar: era la pasajera de la pesadilla, yendo hacia ella sin parar de gritar. Sofía retrocedió, chocando con algo. Unas manos suaves se posaron sobre sus hombros, y una voz familiar susurró:

—Tranquila, ya estoy aquí. Ahora estás segura.

La anciana, la mujer y el niño se esfumaron entre la niebla, luego de pronunciadas esas palabras. Aliviada, Sofía colocó sus manos sobre las que posaban en sus hombros. Eran tibias, conocidas. Se

relajó y cerró los ojos. Pero al acariciarlas, una certeza helada la recorrió: aquellas manos eran las suyas.

Se apartó de prisa, miró a quien la tocaba: era ella, como si estuviera frente a su doppelgänger.

Antes siquiera de poder procesar todo lo que estaba pasando, como un eco creciente se percibía un anuncio:

—Estimados pasajeros, estamos por llegar a la siguiente estación. No olviden recoger sus pertenencias, gracias.

El vagón comenzaba a desvanecerse, la niebla se esfumaba y su doble le sonreía antes de desaparecer. Después de ser rodeada por la penumbra, una luz empezó a envolverla. El altavoz resonó de nuevo, anunciando la llegada. Sofía abrió los ojos en medio de un bullicio real: pisadas y maletas se movían por el lugar.

Pronto se percató de que estaba en su destino. «Definitivamente necesito descansar», pensó.

Tomó sus cosas y mientras se dirigía a la salida del tren revisaba su celular:

*Ya llegué, estoy en la entrada, aquí te
espero 13:02*

Antes de poder contestar, notaba de reojo como las personas a su alrededor la veían fijamente. En un principio los ignoró, hasta ver que el niño, estirando sus propios párpados con los dedos índice y pulgar la miraba. En ese momento cayó en cuenta de que los ojos le ardían, al intentar pestañear no conseguía juntar las pestañas. Abrió la cámara frontal de su teléfono para mirarse: tenía los ojos irritados, desgarrados de incredulidad, parecían querer escapar de su rostro. Alzó la mirada viendo que las personas aún la observaban. Confundida y avergonzada, se dirigió con prisa al baño de la estación.

Allí de cara al espejo, el reflejo le devolvía con crudeza lo que su mente aún dudaba en aceptar. Sus ojos suplicaban descanso.

Unas notificaciones sonaron en su celular, vio por un instante los mensajes, eran de Diana. Los ignoró debido al pánico y dolor que le provocaba no poder cerrar los ojos. En medio de la agonía, recordó al pasajero sin cabello, el cual tampoco parpadeaba. No quiso sacar conjeturas, pero los pensamientos sobre que él le había hecho algo estaban presentes. Una llamada comenzó a sonar en su teléfono, reclamando atención:

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estás? —dijo Diana con preocupación.

—Estoy en el baño de la estación, me paso algo en los ojos, no puedo parpadear. —decía Sofia angustiada.

—¿Q-que?, ¿de qué hablas?

—¡No sé!, ¡me arden y la gente me mira raro! —dijo con voz temblorosa.

—O-ok, está bien, tranquila, voy para allá.

En medio de su desesperación, Sofía buscó sus gafas de sol para poder pasar desapercibida, sin éxito alguno. Aventó su bolso encima de su celular. En ese instante hizo memoria recordando que los tenía puestos antes de quedarse dormida. También recordó que aquel hombre ya no estaba cuando bajó del tren. Tantos pensamientos inundaban su mente, castigándola.

Diana finalmente llegó al lugar, encontrando a Sofia forzando con sus dedos los párpados para que estos se juntaran, lastimándose en el acto. Diana intervino, deteniendo a Sofia y mirando en su rostro sufrimiento y desesperación.

—Me arden —dijo Sofia con toda la intención de llorar, pero sin lagrima alguna.

Diana no podía entender lo que estaba pasando. Abrió la llave del agua, formando un cuenco con la mano, recogiendo líquido y dejándolo caer sobre los ojos de Sofia quien, tenía la mirada hacia el techo. Esto logró aliviar un poco el ardor.

—Tenemos que llevarte a un hospital.

—No quiero que me vean así.

—Ay, Sofia, el coche está aquí afuera, cerca de la entrada —dijo Diana intentando comprender lo que sentía Sofia. —Tus lentes, ¿dónde están?

—No lo sé, los deje en el tren, no sé.

—Bueno no importa, vamos, tenemos que irnos, no puedes estar así.

—¡Que no, Diana!

—¿Qué más da que te vean? Es por tu bien.

—¡Que no quiero salir con estos putos ojos que no cierran! —Señalo sus ojos con las manos.

Diana no replicó, su mirada herida era suficiente. Sofia bajó la mirada.

—Está bien, debe ser horrible no poder parpadear —Con ambas manos tomó el rostro de Sofia, levantándole la mirada. —Debemos irnos.

Diana tomo el bolso y salieron rápido de ahí, con Sofia agachada. Llegaron al auto donde Sofia recordó algo:

—Mi celular, ¡mi celular no está!

—¿Que? ¿Como que...?

—El baño... ¡está en el baño!

—Ay, ok, voy por el.

Sofia subió al auto. Continuaba haciendo esfuerzos para juntar los párpados.

Un par de personas pasaron al lado de ella, haciendo que agachara la cabeza. En el tapiz miró un objeto que brillaba, debido a la irritación de sus corneas su visión estaba afectada. Se acercó y entonces descubrió una hebilla dorada, recordando al instante a aquel pasajero sin vello facial. Un escalofrió recorrió su columna, impulsándola a retroceder instintivamente.

La presencia de alguien detrás de ella comenzó a hacerse presente. Miró por el retrovisor donde apenas podía ver algo. Se armó de valor y volteó a ver. Los asientos estaban vacíos. Al regresar la vista al tapiz, la hebilla había dejado de estar.

El tiempo transcurría sin que Diana apareciera.

Varias personas salieron apuradas de la estación mencionando que habían encontrado un cadáver en el baño. Por la mente de Sofia paso el peor de los escenarios. Con el ardor punzante que la torturaba en aumento, su mente colapsó.

Tras varios minutos Diana por fin salía, con el celular de Sofia en la mano y la cara llena de lágrimas.

—Mataron al pobre ciego, Sofí —decía mientras se acomodaba en su asiento y cerraba la puerta. —Lo mataron justo después de que saliéramos de ese baño.

Sofía no contestó.

Diana volteó y lo primero que vio fue el cabello de Sofia desprenderse de su cabeza, cayendo sobre su espalda, hombros y piernas.

—¿Sofí? —preguntó Diana con horror. Miró a Sofia girar la cabeza hacia ella, tenía los ojos grises.

—Tranquila, Sofia ya dejó de sufrir.